



NÉSTOR F. MARQUÉS

MOMENTOS
DE LA
ANTIGUA
ROMA
QUE
CAMBIARON
EL MUNDO



ESPASA

A decorative border with a repeating floral and scrollwork pattern surrounds the central text.

GUERRA

JULIO CÉSAR, EMPERADOR DE ROMA

He perdido la cuenta de las veces que he tenido que escuchar eso de «Julio César, el emperador romano». Un escalofrío me recorre cada vez que lo leo en algún blog de internet, cuando lo dicen en algún vídeo o, especialmente, cuando lo oigo de pasada en una visita guiada. Quizá a ti también te ha ocurrido. Y lo peor de todo es que, aunque sea sin proponérselo, tienen toda la razón. ¡Julio César fue un emperador romano! Y antes de que cierres el libro de un golpe y lo mandes a gale-ras, deja que te explique por qué.

Seguro que te enseñaron en el colegio —o eso espero— que el Imperio romano comenzó en el año 27 a. C. con la proclamación de Augusto como primer emperador de Roma. Julio César fue asesinado unos cuantos años antes, en el 44 a. C., por lo que es imposible que fuera emperador en el sentido que todos solemos darle. El primero siempre fue Augusto. Y, sin embargo, la clave está en la terminología y, especialmente, en su traducción.

Cuando hablamos de *emperador* lo que hacemos es traducir de una forma ciertamente confusa el concepto romano de *princeps*. Esta palabra es la que designó por primera vez a los emperadores romanos, comenzando por Augusto. El *princeps* era el primero de los ciudadanos, pero —en teoría— un ciudadano más: el mejor entre los iguales. Por supuesto, toda esta parafernalia terminológica se debe a los equilibrios que tuvieron que hacer en ese momento convulso de la historia romana para que todo el mundo aceptara que el gobierno de Roma ya no era realmente una república, sino que estaba controlado por un solo hombre: el emperador. Y aunque esa era la realidad sumergida, en la superficie se sostenía la farsa que mantenía las aguas calmadas. Roma no podía permitirse otro siglo de guerras civiles y asesinatos como el que habían vivido hasta entonces. Augusto era el salvador que había llegado para restituir la *res publica* a su ser. Y tanto caló su discurso

que si, en su época, hubieras preguntado a alguien por el *Imperium romanum* como entidad política —patria, nación, Estado; llámalo como quieras—, recibirías una respuesta negativa y te contestarían que ellos eran SPQR: *Senatus populusque romanus*, el Senado y el pueblo de Roma. Esa fue siempre la denominación oficial del Estado romano. Nada raro si pensamos en la cantidad de veces que se pueden ver las siglas SPQR en inscripciones repartidas por todo el Imperio.

«Por todo el Imperio»... ¿Ves lo que acaba de pasar ahí? El Imperio romano no es un concepto político, sino geográfico. Lo interesante es que los romanos comenzaron a expandir su *imperium*, el territorio que poseían, mucho antes de que empezase el «Imperio». No sé si me explico. *Imperium* en latín significa literalmente ‘dominio’, por lo que el territorio al que Roma podía llamar suyo por conquista y que, con el paso de los siglos fue creciendo cada vez más, era su verdadero dominio, su *imperium*. Y quien controlaba el *imperium*, quien poseía el poder de controlar el territorio, era el *imperator*. Un cargo que existía ya en la República romana para designar al magistrado a quien se otorgaba el poder militar en una conquista o para el control de las provincias.

Precisamente por eso, dado que ostentó ese tipo de poder militar, podemos decir sin temor a equivocarnos que Cayo Julio César fue *imperator* —emperador— de Roma. Eso sí, ya sabes que un gran poder conlleva una gran responsabilidad, así que después de afirmar lo anterior, habrá que explicarlo también para no inducir a error.

Es curioso, no obstante, que el término que ha llegado hasta nosotros para designar al soberano de Roma a partir del año 27 a. C. sea también el de *emperador*, denotando lo que ha interesado en mayor medida a todas las sociedades que han seguido la estela de Roma: el control militar. De otra manera podríamos haber empleado *princeps*, siguiendo la nomenclatura romana. Y de hecho lo hacemos, puesto que tenemos la palabra *príncipe*; aunque, como puedes ver, ha pasado a designar un rango inferior dentro del escalafón del poder monárquico.

Y así, cuando podría parecer que el misterio ya está resuelto, todavía podría venir alguien a explicarnos que los tecnicismos y sus traducciones están muy bien, pero que podría demostrarse perfectamente que César fue emperador de Roma en el sentido político del término. Que César fue el *princeps* de los romanos. Y tendría razón.

Cayo Julio César no solo fue un emperador romano, sino el primero de todos ellos. El problema es que, como seguramente sabes, los ro-

manos tenían la fea costumbre —fea para los historiadores, no para ellos, claro— de ponerse todos unos nombres muy parecidos. La historia política y militar de Roma tuvo montones de hombres que se llamaban igual. Ahí tienes a toda la familia de los Cornelios Escipiones, a los que diferenciamos por apodos —llamados *agnomina*— como Africano, Emiliano, Numantino, Barbado y hasta Calvo.

Los romanos de buena familia contaban con lo que conocemos como *tria nomina*, o tres nombres. El primero de ellos sería el *praenomen*, nuestro nombre de pila. Era un nombre que solo se usaba en un ambiente familiar y por eso nunca hubo más de una treintena, aunque realmente los más usados no pasaban de la docena. *Marcus*, *Gaius*, *Sextus* o *Lucius* eran los más repetidos y se solían abreviar por sus iniciales: M., C.¹, S. y L. El *nomen* era lo que podríamos considerar como nuestro apellido, el nombre de la gran familia a la que uno pertenecía, los *cornelii* en el caso de la familia de Publio Cornelio Escipión Africano. Y, finalmente, encontramos el *cognomen*, que designaba el nombre de la rama familiar, si es que tu familia era lo suficientemente amplia e importante como para tener ramificaciones. Por supuesto, todo esto podía aplicarse solo a los hombres; las mujeres, con suerte, tenían *nomen* y *cognomen*, lo que denota el marcado carácter masculino que, en buena medida y con algunas excepciones, tuvo siempre la vida pública romana.

Y todo esto era necesario para explicarte que Cayo Julio César fue el primer emperador de Roma a partir del año 27 a. C. Pero, si hemos empezado diciendo que César había muerto asesinado antes, ¿quién es este buen señor? Pues ni más ni menos que el emperador Augusto. Alguien que, a lo largo de toda su vida, cambió su nombre unas cuantas veces. A saber: nació como Cayo Octavio Turino, pero tras el asesinato de César se descubrió en su testamento que este le había adoptado. Octavio no se cortó un pelo y se cambió el nombre por el de Cayo Julio César. A partir de ese momento, tanto sus enemigos como los historiadores le llamamos Octaviano, hijo de Octavio, un nombre que él odiaba porque le recordaba su verdadero origen. Finalmente terminó por

¹ No se trata de una errata. Efectivamente el nombre *Gaius* se abreviaba en latín con la letra C porque la grafía G no se inventó hasta el siglo III a. C., mucho después que el nombre. Aunque la pronunciación de la g ya existía, en su formato escrito también era C, por lo que ya no se cambió tras el pequeño añadido gráfico que terminó siendo la letra G.

cambiarlo unas cuantas veces más: a *Imperator Caesar Divi Filius* —emperador César, hijo del Divino²— y, finalmente, a *Imperator Caesar Augustus*.

Este fue el nombre definitivo del primer emperador de Roma. Así podemos decir que el soberano antes conocido como Julio César fue emperador romano. Pero, claro, no es el mismo Julio César.

Pero en esta historia no todo se decidió con la llegada de Augusto. Piensa que el nuevo principado era todavía muy joven y los primeros emperadores fueron experimentando con diferentes formas de ejercer su poder y de adquirir sus títulos dentro de la farsa republicana. Habría que esperar hasta el año 69, cuando volvió a estallar un gran conflicto militar interno en Roma, para que se consolidara definitivamente, y de manera oficial, el poder del emperador. Con la guerra civil recién sofocada, el 22 de diciembre de ese año —conocido como «el de los cuatro emperadores»— el Senado promulgó un decreto en el que por primera vez se confería el poder absoluto al emperador por parte del Estado³.

Vespasiano adquiriría así la titulación completa como emperador de Roma, tomando los nombres de César y de Augusto y sumándoles el *imperium maius*, el poder militar supremo y perpetuo sobre todos los ejércitos. Por primera vez y para siempre se fijaba el nombre oficial del soberano de Roma: *Imperator Caesar Vespasianus Augustus*. En el nuevo nombre se sumaban así el título del máximo poder militar —el de *Imperator*— con el político y religioso —representados por el nombre de Augusto, el venerable, el elegido de los dioses— al de los dos Césares, padre e hijo adoptivo, que habían dado origen al nuevo Imperio romano.

² «El Divino», por supuesto, es César —el otro César, el del Rubicón—, de quien tendremos tiempo de hablar más adelante en un relato relacionado con el paso de un cometa intergaláctico.

³ La llamada *Lex de Imperio Vespasiani* fue hallada en 1347 en la basílica de San Juan de Letrán y posteriormente trasladada a los Museos Capitolinos, donde puede admirarse en la actualidad. Es el único documento conservado que confiere el poder a un emperador romano.

Y AHORA, UNA DE ESPÍAS

Los romanos se preocupaban mucho, al menos en apariencia, de que cualquier contienda militar en la que se embarcaran estuviera dentro de lo que ellos denominaban *bellum iustum*, la guerra justa. Incluso contaban con un colegio sacerdotal, el de los feciales, que decretaba en qué casos era justo atacar a un enemigo que no había querido establecer un tratado con Roma. Por supuesto, esto solo fue algo real durante los tiempos más arcaicos del mundo romano. En adelante, y aunque durante buena parte del Imperio los rituales sagrados de declaración de guerra se mantuvieron muy presentes, la guerra romana obedeció a los intereses primero del Senado y más tarde del emperador.

Así que, si la teoría decía que el poder de Roma venía de los dioses, pero en la práctica era la voluntad del emperador la que finalmente se cumplía¹, ¿qué impedía a los romanos usar tácticas poco ortodoxas en la guerra? ¿Existió una agencia de inteligencia militar imperial? Vamos a adentrarnos en el mundo de los espías de la antigua Roma.

Tengo que decir que, oficialmente, no existía un cargo de espía en el ejército romano, aunque imagino que si algo debe caracterizar a un «agente de inteligencia» es precisamente que nadie sepa de su existencia. Y eso es algo que ya aplicaban en la antigüedad. Conocemos casos como el de los *speculatores*. A primera vista observadores internos de las legiones, aunque también desempeñaban funciones de comunicación y, estando cercanos a los altos mandos militares, ejercían igualmente de protectores personales de estos y hasta del emperador cuando la situación lo requería. Llámales guardaespaldas si quieres.

¹ Por supuesto, ellos pensaban que la voluntad del emperador no era otra que la del propio Júpiter, que le daba su legitimidad. Así conseguían justificar que una conquista comandada por Roma siempre estuviera bajo el auspicio de los dioses.

Así, estos personajes que conocían de cerca los entresijos de la legión, terminaron convirtiéndose en un grupo ampliamente desarrollado ya durante los últimos siglos de la República. Llegaron a realizar funciones de policía secreta dentro del ejército, arrestando, e incluso torturando, a aquellos que no se amoldaran a lo que se esperaba de un soldado romano.

Por otra parte, también existía el cuerpo de los *beneficarii*, que servían como policía militar especialmente en las provincias, a las órdenes del gobernador, aunque también eran asignados de forma interna en las legiones. Estos personajes que, en muchos casos, compartían funciones con los anteriores por la amplia variedad de tareas que llegaban a cubrir, también ejercían como escoltas, especialmente de militares destacados y de gobernadores de provincia. Aun así, también podríamos encontrarlos desarrollando labores de control en las fronteras del Imperio, sobre todo en el ámbito comercial.

Asociados a estos dos grupos también existían los *exploratores*, soldados de avanzadilla de gran habilidad táctica destinados a reconocer el terreno del enemigo y su posición, para evitar posibles emboscadas a un ejército en marcha o para desarrollar un plan táctico previo a una batalla.

Pero las funciones policiales de estos grupos de soldados terminaron por recaer en los que, unánimemente, son considerados como los verdaderos agentes secretos de la antigua Roma: los *frumentarii*. A simple vista, los *frumentarii* se encargaban —como indica el término que los designaba, derivado de *frumentum*, ‘grano’— de asegurar el abastecimiento de cereal destinado al ejército romano. Una labor fundamental para evitar posibles insurrecciones entre la soldadesca descontenta. Bastante mal vivía un soldado raso como para tener que preocuparse además de si comería algo durante todo el día.

Y, sin embargo, los *frumentarii*, bajo la fachada de esa importante función, llegaron a ser mucho más. Especialmente a partir del siglo I ejercieron como verdaderos agentes especiales para los altos mandos imperiales. Se dedicaban a llevar mensajes importantes a personajes destacados a cualquier parte del Imperio; una labor de gran trascendencia que podía llegar a ser muy tentadora. Al fin y al cabo, algunas de las comunicaciones más importantes del Imperio pasaban por sus manos.

Como puedes estar imaginando, sabemos que en algunos casos los mensajes que estos individuos transportaban, en particular si no se contaba con un agente de total confianza, tenían que enviarse cifrados.

Suetonio nos cuenta cómo César o Augusto, cuando querían transmitir algún mensaje confidencial, lo cifraban con un código alfabético en el que cada letra era sustituida por otra del alfabeto en sucesión lineal. Así, solo quien tuviera la clave de cifrado, conociendo la correspondencia de las letras, podía leer el mensaje. Este tipo de cifrado es muy sencillo de descifrar en la actualidad, pero era bastante efectivo en esa época. Fíjate en este ejemplo, en el que se emplea el sistema que posiblemente usó César, sustituyendo la A por la D y así sucesivamente.

ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ	➤	I A C T A A L E A E S T
	↓	
DEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZABC	➤	M D F Y D D O H D H X Y

También era común emplear una ingeniosa forma de cifrado llegada del mundo griego y conocida como escítala. El procedimiento de cifrado, transmitido por el historiador grecorromano Plutarco, consistía en enrollar una cinta de cuero alrededor de un bastón o cilindro de un diámetro conocido. Al desenrollar la tira, quedaría únicamente una larga lista de letras que solo volverían a componer el mensaje oculto si el receptor tenía otro bastón del mismo diámetro que el emisor. No obstante, más que un método de cifrado, es posible que fuera una especie de firma de seguridad, sabiendo que un mensaje solo podía ser auténtico si cuadraba con el diámetro de la escítala apropiado. Así un enemigo no podría introducir mensajes falsos en la correspondencia.

Escribir un mensaje en una tira de cuero también era muy útil a la hora de esconderlo si el agente era sorprendido de camino a su entrega. Por ese motivo, los mensajeros solían tener muchos recursos a su disposición para ocultar las misivas, escribiéndolas no solo en cuero, sino también en láminas de metal, como plomo o incluso plata, que después se enrollaban formando parte de un collar, de un anillo o de unos pendientes para pasar inadvertidas. También se cosían trozos de papiro en el forro de alguna prenda de ropa como la *paenula*, o capa de viaje, o se escribían en hojas o en vendas que simulaban cubrir una herida. Pero, sin duda, el método más rebuscado que nos ha llegado del mundo antiguo tiene que ser el que describe Eneas el Táctico en su tratado *Cómo sobrevivir bajo asedio*. Aunque solo podemos asegurar que se usara una única vez, sabemos que el mensaje era indetectable. Según cuenta, tras afeitarse la cabeza a un esclavo, se le tatuó el texto directamente sobre el

cuero cabelludo rasurado; después, solo hubo que esperar a que le volviera a crecer el pelo y así se pudo enviar la información de manera segura. ¡Ya tenía que ser importante lo que se quería transmitir!

Y aunque podríamos pensar que, al fin y al cabo, un esclavo no era más que una pertenencia que carecía de importancia, en este caso debía emplearse uno de plena confianza, puesto que podría revelar en cualquier momento dónde estaba oculto el mensaje. Precisamente la confianza y la lealtad eran rasgos fundamentales entre los *frumentarii*, solo había que averiguar a quién eran leales.

En la mayoría de los casos, estos soldados terminaban convirtiéndose en espías para el emperador que, de ese modo, podía estar al tanto de posibles conspiraciones contra su persona. Y no solo eso, sino que tenemos testimonios de que, en ocasiones, remataron el trabajo liquidando directamente a los conspiradores con un puñal por la espalda. La biografía de Adriano, no obstante, nos confirma que usaba los servicios de sus espías personales para enterarse antes que nadie de los chismes y cotilleos de toda la aristocracia romana.

Pero la labor de estos espías romanos podía llegar mucho más allá. A través de algunas fuentes, como los discursos del estoico Epicteto, recogidos por su discípulo Flavio Arriano, descubrimos que se ocultaban entre la población como verdaderos policías de incógnito para intentar sonsacar información a la gente. Cuidate de aquellos que te cuentan muchos secretos y te hacen sentir obligado a revelarles alguno de los tuyos, nos dice.

Uno de estos soldados se sienta a tu lado, vestido de civil, y comienza a hablar mal del emperador. Entonces tú, como si te hubiera prometido lealtad, también dices lo que piensas mientras él sigue hablando; y así te llevan encadenado a la ejecución.

Pero nada dura eternamente. Con el paso de los siglos, el consolidado sistema de los *frumentarii* empezó a decaer en favor de otro grupo que surgió bajo el mandato del emperador Diocleciano: los *agentes in rebus*. Cuando entraban a formar parte del cuerpo, su labor era la de ejercer como mensajeros postales, de una forma muy similar precisamente a la de sus antecesores. Solo después de haber transportado una buena cantidad de correo imperial, y de haber demostrado su implicación con el puesto, pasaban a tener una función de inspección, en la que eran conocidos como los *curiosi*.

Primero supervisaban el sistema postal, pero el grado más elevado de su carrera les permitía acceder a un puesto muy jugoso. Se trataba de una posición desde la que vigilaban verdaderamente toda la estructura organizativa de la Administración y del sistema judicial del Estado romano. Esto les confería no poco poder, y con el poder suele llegar también la corrupción. Los *agentes* se podían convertir en agentes dobles, jugando a varias bandas con información privilegiada que podía aupar o hacer caer a muchos magistrados y otros funcionarios estatales. Se nos cuenta que, especialmente a lo largo del siglo IV, algunos de ellos ejercieron un importante poder coercitivo, lo que les dio muy mala fama en su época y a través de los siglos. Aun así, todo esto solo lo podemos saber a través de algunos casos aislados citados en unas pocas fuentes, por lo que en la actualidad se tiende a minimizar este papel tan dañino. Seguramente la mayoría eran honrados funcionarios que velaban por el correcto funcionamiento de los organismos del Estado.

Si esto fue realmente así o no en todos los casos, no podemos saberlo —al menos por el momento—. Ya sabes que en el mundo de los espías las certezas siempre son pocas y muchas veces se exagera más de lo oportuno. Al fin y al cabo, el mejor espía es aquel del que no conocemos absolutamente nada.

LA VOLUNTAD DE LOS POLLOS

En la guerra, como en todos los aspectos de la vida, los romanos eran conscientes de que su superioridad estaba garantizada por la voluntad de los dioses que les protegían. Con ellos de su parte no podía existir la derrota. Y, sin embargo, hubo ocasiones en las que la derrota llegó. De ocurrir algo así, necesariamente debía buscarse una explicación divina. Los romanos eran especialistas en revisar sus propios recuerdos y archivos hasta encontrar cualquier suceso precedente que pudiera explicar *a posteriori* lo que había acontecido. ¿En qué momento los dioses se habían enfadado y les habían castigado? ¿Qué habían hecho mal? Algunas veces las explicaciones podían llegar a ser muy enrevesadas o complejas para que todo encajara como esperaban. En otras ocasiones, como la que estás a punto de descubrir, el enfado divino estaba más que justificado por algún acto de tremenda impiedad.

Nos situamos en el año 249 a. C., en plena campaña para tratar de vencer a la única potencia militar que podía compararse en ese momento con Roma: Cartago. La Primera Guerra Púnica, en la que se enmarca esta historia, fue solo el inicio del conflicto más importante de la antigüedad por el control del Mediterráneo. Roma, por aquel entonces, estaba empezando a convertirse en una verdadera potencia marítima y había construido una importante flota de más de cien naves para hacer frente a los cartagineses en Sicilia. En efecto, con las mejoras hechas a sus barcos, algunas incluso copiadas directamente de los restos de naves púnicas que habían podido estudiar, se creó una flota muy solvente que ya estaba cosechando victorias en los años inmediatamente anteriores.

Especial importancia tuvo la introducción del cuervo, un largo puente levadizo de madera que contaba con una gran punta metálica en su extremo. Cuando el barco enemigo estaba a corta distancia en

paralelo, se dejaba caer el puente desde uno de los laterales para que la punta se clavara en la cubierta de madera. Así se conseguía de forma efectiva unir ambas embarcaciones y abordar la nave contraria para poder establecer una lucha cuerpo a cuerpo como si estuvieran en tierra.

En esas condiciones, el cónsul Publio Claudio Pulcro condujo a la flota romana hacia el puerto de la ciudad de Drépano, en la zona oeste de Sicilia, cuyo control estaba en juego. Era frecuente que antes de llevar a cabo una acción militar importante como aquella se consultara de forma preventiva la voluntad de los dioses para asegurarse de que no había sucedido nada que hubiera importunado a los dioses. Justo hasta ese momento nada hacía sospechar que algo les hubiera molestado de ninguna manera.

En el mundo romano existían diversas formas de consultar la voluntad divina. Los encargados de hacerlo eran los llamados augures, sacerdotes que entraban en contacto directo con las divinidades buscando sus respuestas en acontecimientos naturales. La forma más tradicional requería observar el vuelo y el canto de los pájaros, los llamados auspicios, de *avis* —ave— y *spicare* —observar—. Aunque existían otras formas de respuesta, como los rayos y hasta los brillos que producían los filos de las espadas, la observación de los pájaros siempre fue la forma preferida por los romanos para leer las respuestas divinas. Al fin y al cabo, al volar, estos animales eran los que más cerca estaban del cielo donde habitaban los dioses.

Aun así, la tradición religiosa requería de un ceremonial complejo y meticuloso para que la respuesta augural fuera apropiada. No me negarás que eran verdaderos expertos en buscar excusas por si algo no salía como debía. «Vaya, se ha incumplido un pequeño detalle del ritual y por eso no hemos obtenido respuesta divina hoy. Volvamos a intentarlo mañana».

Precisamente esto, la cantidad de veces que los dioses no daban su respuesta o esta no era clara, llevaron a los romanos a modificar los rituales para que fueran más rápidos y sencillos. Piensa que las consultas no solo se realizaban antes de una batalla, sino como rito previo en prácticamente cualquier acto público importante. Así surgieron los auspicios *ex tripudiis*. Este tipo de ritual tenía una preparación extremadamente sencilla. Ya no era necesario que el augur se levantara antes del amanecer para llevar a cabo sus observaciones en el momento preciso. Ni siquiera hacía falta esperar a que los pájaros volaran por el

cielo para observar en qué dirección lo hacían. Los auspicios se reducían a observar a un par de pollos enjaulados.

Tal y como lo lees. Los auspicios, con el paso de los siglos de la República, terminaron rebajándose a poco más que una pantomima si los comparamos con los antiguos rituales augurales. El nuevo y popular ritual consistía en liberar a los pollos frente a un poco de comida. Si comían significaba que Júpiter daba su consentimiento para la acción que estaban a punto de llevar a cabo. Y lo contrario si no se mostraban interesados en comer.

Imagino que se te ha pasado por la cabeza que la respuesta divina se podía amañar de forma muy sencilla. Si se requería una respuesta positiva se dejaba a esos pobres pollos sin comer unos días y si se deseaba lo contrario se les cebaba. Y así, los magistrados controlaban a su completa discreción la voluntad de los dioses. Eran plenamente conscientes de que, de esa manera, se forzaba la voluntad divina. O eso creían ellos.

La mañana en que Publio Claudio Pulcro se disponía a conducir la flota romana hacia la batalla se procedió a consultar a los pollos. Lo hicieron ya en el propio barco, equipados y dispuestos para el combate porque las condiciones eran muy favorables, o eso pensaba el cónsul. Pero, ya fuera porque los dioses se habían hartado de que les tomaran por tontos o porque los pollos estaban mareados por el movimiento del barco, aquel día no probaron la comida. Ni siquiera se acercaron a ella. Júpiter avisaba con total claridad que ese no era el día apropiado para la batalla. Pero, ¿sabrían unos pollos lo que era mejor para los romanos más que el propio cónsul? Tan convencido estaba Publio de que aquello no era más que una mera formalidad que, en un arrebato de ira, cogió a los pollos y los lanzó directamente por la borda al mar. «Ya que no quieren comer, tal vez prefieran beber», dijo. Y puso rumbo a la batalla.

Pero resulta que los pollos dieron en el clavo. Drépano fue una de las peores derrotas que había sufrido Roma hasta entonces. Buena parte de la flota fue completamente destruida, quedando solo unos treinta barcos romanos tras el combate. Tendrían que pasar casi diez años para reconstruir una flota que les permitiera alcanzar la victoria definitiva en la Primera Guerra Púnica en el año 241 a. C. En cuanto a Pulcro, fue juzgado en Roma, pero no sabemos bien cómo acabó aquello. Unos señalan que fue condenado al exilio, aunque otras fuentes dicen que durante el proceso judicial comenzó a llover de forma copiosa,

algo que fue tomado —también— como una obstrucción divina al mismo, por lo que finalmente tal vez no fuera condenado.

De lo que sí podemos estar seguros es de que los dioses, de vez en cuando, recordaban a los romanos a través de episodios como este que, en un juego de poder, uno puede tener suerte varias veces, pero llegará el momento en que tendrá que pagar por su descaró. ¡Hágase la voluntad de los pollos!